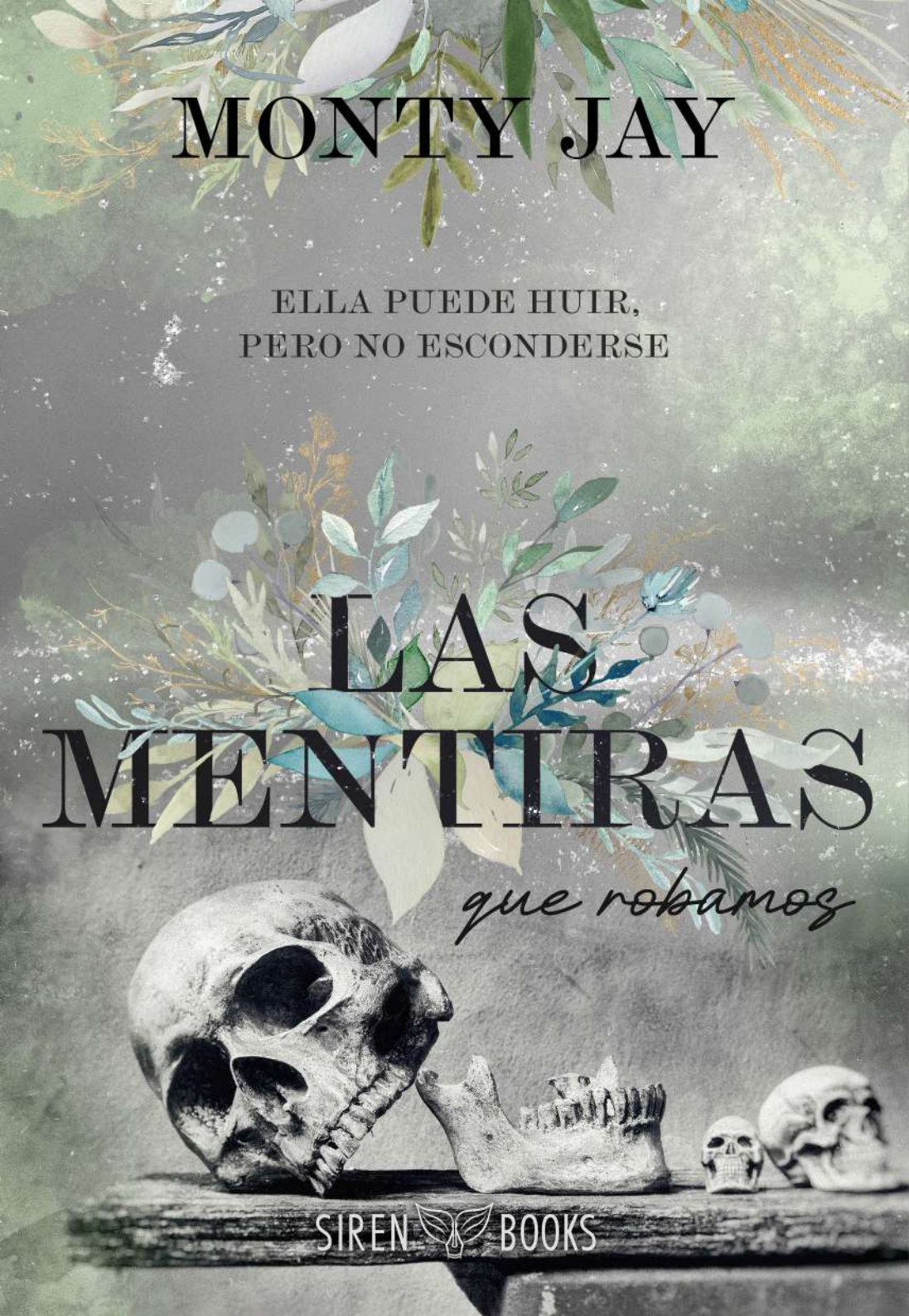




MONTY JAY

ELLA PUEDE HUIR,
PERO NO ESCONDERSE

LAS
MENTIRAS

que robamos



SIREN  BOOKS





LAS MENTIRAS

que robamos

HOLLOW BOYS 1

MONTY JAY

LAS
MENTIRAS
que robamos

HOLLOW BOYS 1

Traducción de
Ana María Rubio Jiménez

SIREN  BOOKS

Primera edición: octubre 2025

© *The Lies We Steal* by Monty Jay, 2021

© de la traducción: Ana María Rubio Jiménez, 2025

© de la corrección: Isabel Panadero

© diseño de cubierta: Opulent Designs

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 979-13-87864-03-3

Depósito legal: M-18698-2025

IBIC: FRD

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:

Non-con, sexo con consentimiento dudoso, sexo sin protección, agresión sexual, bullying, trata de personas, mención de abusos a menores, autolesiones, menciones de suicidio, pensamientos suicidas, secuestro, tráfico sexual, tortura, sangre, gore, violencia gráfica, crueldad animal.

*A quienes aman la oscuridad y lo que acecha en ella.
Y a Stephen King, a quien le debo todo lo que soy.*





1

Cuando la oscuridad te reclama

Aliztair

Siempre supe que había nacido con un apetito voraz de venganza.

Estaba destinado a ser la oveja negra de la familia.

Deberían advertir de las consecuencias de privar a un niño de la luz. Cuando le arrebatas la esperanza, no solo abraza la oscuridad: se convierte en ella.

En cuanto noto la nariz rota del chico, una sensación de poder me recorre el brazo. Le hundo los nudillos en la cara, en busca de lo único que puede saciarme la sed.

Dolor.

El imbécil larguirucho que había pensado que sería buena idea enfrentarse a mí se desploma en el suelo con un golpe sordo.

Si esto fuera un combate de artes marciales mixtas, me detendría al verlo caer así.

Por suerte, estamos en el Cementerio, el circuito abandonado a las afueras de la ciudad donde chicos de los alrededores se juntan para meterse en problemas. Carreras ilegales, peleas, drogas y chicas semidesnudas: el paraíso de los niños ricos. Las peleas se desarrollan en la hierba que crece en mitad del círculo de asfalto agrietado, mientras los niñitos de papá hacen rugir de fondo los motores y se enzarzan en una competición por ver cuál de sus juguetitos llega primero a la meta.

El Cementerio es el lugar al que vienes a cavar tu propia tumba. Sobre todo si peleas contra mí.

Me abalanzo sobre él y le clavo la rodilla en el estómago con tanta fuerza que siento cómo se le desplazan los órganos. No dejo de asestarle con agilidad un puñetazo tras otro en la cara, que ya está amoratada. La respiración se me acelera al ritmo de los golpes, exhalo con cada impacto.

Noto unas manos que me agarran de los hombros y me clavan las uñas para que me detenga, pero solo consiguen que le clave la rodilla con más fuerza. Mis puños no conocen la piedad.

Además, no veo por qué habría de responsabilizarme de su estupidez. Él ha sido quien ha decidido retarme.

Así que es problema suyo.

Mi corazón amenaza con salirse del pecho. La energía que corre por mis venas me retumba en los oídos y se mezcla con los gritos de la gente a nuestro alrededor, los motores revolucionados y el olor a aceite.

Mataría por sentirme así todos los putos días de mi vida.

Le lanzo un gancho de derecha y veo cómo mi anillo le imprime mis iniciales en la mejilla, desgarrándole la piel justo encima de las letras «A. C.».

Un chorro de sangre caliente me salpica en el pecho. El líquido carmesí aviva las llamas de mi interior y un rugido feroz se propaga desde mis entrañas. Sin embargo, no es la sangre lo que ansío, sino su dolor. Quiero verlo sufrir. Necesito saber que esta noche tendrán que llevarlo a cuestras hasta el coche y que, cuando llegue a su casa, no le quedará más remedio que arrastrarse hasta su puta cama, de donde no saldrá en una semana por culpa de los moratones que le he dejado.

La idea me pone la piel de gallina.

Ese es mi secreto a voces.

La ira me consume todos los días, a todas horas.

—Virgen Santa, Caldwell, ¡déjalo ya! Te has cebado, joder. —La voz me retumba en los oídos, pero le asesto un último puñetazo antes de quitarme de encima esas manos nerviosas.

El corrillo que nos rodea aclama al unísono la brutalidad que acababan de presenciar. El morbo les impide apartar la mirada de la tragedia o el desastre. En el fondo somos iguales: nos sentimos atraídos por la crueldad. Solo que a ellos les da demasiado miedo admitirlo.

No soporto a los cobardes. Y en este puto pueblo de mierda no se salva nadie.

Son monstruos que se refugian detrás de una máscara, temerosos de que sus vecinos descubran la podredumbre que esconden. Lo que no saben es que no se puede guardar ningún secreto en Ponderosa Springs. Al menos, no por mucho tiempo.

Lo sé por experiencia.

Me levanto cegado por la ira y un hilo de saliva aterrizo justo al lado del cuerpo que jadea en el suelo. Tiene suerte de poder siquiera hacer ruido, más aún de seguir respirando.

Aparte de la mancha de sangre en el pecho, no tengo ni un rasguño, y eso casi me enfurece el doble, porque significa que ya no hay nada que me suponga un reto. Me doy la vuelta con la mandíbula tensa y la masa de gente se abre como las aguas del mar Rojo, dejándome paso para salir.

—El dinero de las apuestas. —Uno de los vejestorios que dirigen el cotarro me estrella un fajo de billetes arrugados contra el pecho.

Apenas le echo un vistazo antes de devolverle la mirada al tipo.

—Para ti —le gruño.

No necesito ni quiero el dinero. Puede metérselo por donde le quepa. No lo hago por la pasta, sino para desfogarme, porque, de lo contrario, acabaría matando a alguien.

Recojo del suelo mi chaqueta de cuero y me la echo al hombro. Mi camiseta estará en algún lugar sobre la hierba embarrada y la verdad es que no me apetece volver a buscarla.

De camino al coche, mi respiración vuelve poco a poco a la normalidad. Aunque la pelea haya sido de lo más insulsa, haber descargado algo de furia me ayudará a pegar ojo por la noche. Con todo lo que está pasando, no puedo permitirme perder horas de sueño.

En cuanto arranco el coche, la música empieza a brotar de los altavoces, con un sonido grave y estimulante. Agarro con fuerza el volante con la mano izquierda. Apenas distingo el blanco de los nudillos entre toda la sangre. Me laten con tanta intensidad que resulta casi placentero.

No tardo en meter la marcha para conducir hasta la casa de mis padres. Diez hectáreas y media, dos mil seiscientos metros cuadrados, nueve dormitorios principales, diez de invitados, siete baños y, aun así, sigue sin haber suficiente espacio entre mi familia y yo. Me aferro todavía más al volante. Se supone que en un mes iba a estar en un vuelo de camino a la costa este, poniendo todo un país de por medio.

Y, sin embargo, aquí estoy, atrapado durante al menos otro año más, anclado al pasado.

Doy un volantazo a la derecha y llego al camino de entrada, un sendero de gravilla flanqueado por árboles que termina en una gran puerta de acero. Pulso el botón del mando a distancia para abrirla y me adentro en la finca de mi familia.

Rodeo la fuente de mármol horterá que tengo enfrente y aparco en mi sitio sin problema. No hay ningún coche aparte del mío, lo que significa que no hay nadie en casa. Tampoco es que importara; total, incluso cuando están, nadie me presta atención.

Nunca lo han hecho.

Cuando voy hacia la puerta, un relámpago estalla en el cielo y dispersa la niebla por un segundo, antes de que el trueno sacuda el suelo. El teclado se ilumina bajo mis dedos al introducir la contraseña.

Con mis padres y mi hermano aquí, el resplandor de las luces puede verse incluso a través de los árboles de la carretera, ya sea por fiestas extravagantes en las que celebran no haberse atragantado con su propia saliva o por cenas familiares a las que nunca me invitan. En cambio, conmigo solo hay oscuridad.

Mis botas resuenan a cada paso que doy, hasta que llego a la cocina y abro el grifo. Coloco las manos hinchadas bajo el chorro de agua

templada y la sangre empieza a correr por el desagüe o, al menos, parte de ella, ya que se me quedan restos secos entre los dedos.

No debería haber ni un ruido en la casa. Nunca lo hay cuando estoy aquí.

Siempre reina un silencio sepulcral.

Aunque parece que hoy no es el caso. Agudizo los oídos al percibir el familiar chasquido de la piedra de un mechero seguido del sonido de la llama.

—¿Intentas asustarme? —pregunto a la vez que me seco las manos con tranquilidad antes de darme la vuelta.

Centro la vista en el recibidor y veo la cara de Rook iluminada por la llama del Zippo mientras juega con ella, pasándosela por los nudillos y entre los dedos. La punta escarlata de la cerilla que tiene en la boca le asoma por la comisura.

Está recostado en el sillón de cuero biselado, con los brazos apoyados, mirándome entre las sombras.

—Si esa hubiera sido mi intención, no me habrías oído —replica.

Me dirijo al sillón situado frente a él. De paso, tiro de la cuerdecilla de la lámpara y una luz cálida baña la sala. Justo cuando me dejo caer encima de la tela desgastada, con los brazos sobre las rodillas, oigo unos pasos que se acercan por detrás. No me molesto en mirar quién es.

—Thatch —digo su nombre a modo de saludo en cuanto veo su sombra pasar de largo para sentarse a nuestra izquierda.

Con su metro ochenta, Thatcher es el más alto del grupo. Si bien su altura no es lo único que impone.

Sube una pierna encima de la otra, acomodando el tobillo sobre la rodilla.

—¿Qué pasa, Ali? ¿Te pone cachondo reventarles la cabeza a críos indefensos?

Rechino los dientes al escucharlo; desde que somos amigos, sabe que odio que me llamen así, pero el muy capullo no sería él si no le tocara los cojones a alguien.

Es curioso: por las venas de Thatcher corren ríos de hielo; por las mías, torrentes de lava.

—¿De verdad quieres que hablemos de los fetiches de la gente?

—Arqueo una ceja, fijándome en su traje de Armani. Hace mucho tiempo que dejé de cuestionar su extravagancia a la hora de vestir.

—No quiero provocarte pesadillas —responde mientras me dedica una sonrisita que no puedo evitar devolver.

Mentiría si dijera que no me han dado ganas de matarlos alguna vez. Sabemos cómo sacarnos de quicio los unos a los otros; sin embargo, si alguien de fuera nos tratara así, no dudaríamos en hacerlo pedazos.

De hecho, por eso mismo no me he ido de este pueblucho alejado de la mano de Dios: han puteado a uno de los nuestros.

—¿Dónde está Silas? —pregunto.

—Durmiendo por primera vez desde... yo qué sé cuándo —contesta Rook.

—No te engañes. Silas ya no duerme. Cuando lo hace, sueña con ella. Eso lo sabemos todos —interviene Thatcher, recordándonos por qué estamos aquí.

El reloj de pie del pasillo repica, anunciando la medianoche. La gravedad de sus palabras inunda la habitación. Toda esa rabia acumulada que he intentado controlar vuelve a apoderarse de mí. La siento calentándome el cuerpo y dejándome un sabor metálico en la boca.

—Hablando de ella... —Rook se inclina hacia adelante y lanza una carpeta color crema a la mesa del centro. Ventajas de ser el hijo del fiscal.

Me acerco y la levanto.

—¿Has visto lo que hay dentro?

Niega con la cabeza.

—Quería esperar a que estuviéramos todos. —Se levanta un poco para sacarse del bolsillo trasero un paquete blanco de cigarrillos. Coge uno y se pasa la mano por el pelo largo y castaño—. ¿Os importa? —pregunta señalando el cigarro.

—Por mí como si lo reduces todo a cenizas —digo con franqueza.

Rook echa la espalda hacia atrás, se saca la cerilla de la boca y la enciende con los dedos; un truco que aprendió cuando estábamos en el campamento de verano. Prende el cigarrillo y, tras inhalar profundamente, expulsa una nube de humo que le cubre el rostro.

Llevo desde los seis años preocupándome solo por Rook, Thatcher y Silas. Juramos protegernos siempre, aun si con ello sembrábamos el caos. Nada nos importa más que cuidarnos los unos a los otros. Vamos juntos a todas partes.

No nacimos para hacer el bien. Siempre estuvimos destinados a ser los descarriados, los abandonados.

—Sois conscientes de lo que pasará si empezamos a indagar, ¿verdad? —pregunta Thatch—. Nos mancharemos las manos de sangre. No se parecerá en nada a los pequeños destrozos que hemos ido causando en el pueblo a lo largo de los años. No estamos hablando de jueguecitos retorcidos ni de quemar iglesias históricas. Hablamos de matar a alguien.

La idea de arrebatarle la vida a una persona debería escandalizarnos, pero todos sabemos hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

—No es culpa nuestra. Deberían habérselo pensado dos veces antes de hacerle daño a uno de los nuestros.

Recuerdo aquella noche. Recuerdo el olor nauseabundo de la casa donde la encontramos, como a mierda de cerdo y vómito. Era una casa abandonada donde los drogatas iban a inyectarse su preciado líquido sin que nadie los viera. Recuerdo su cuerpo frágil, doblado, tirado de cualquier forma sobre la suciedad del suelo.

Como un ángel extraviado en el infierno. No se merecía morir allí. Y Silas no se merecía encontrarla así.

Cuando cierro los ojos, todavía puedo oír sus gritos. Fueron horas de pura agonía. Parecía una bestia herida con un dolor que se convirtió en rabia primitiva, una emoción que nos sacudió a todos.

—Damos con el culpable, nos lo cargamos y pasamos página. Así él también podrá hacerlo.

—No podrá. —Niego con la cabeza—. Ni aunque encontremos lo que estamos buscando. ¿Cómo vas a pasar página después de algo así?

Abro la carpeta y saco los folios que contiene. Aprieto la mandíbula al leer el nombre de la paciente en negrita: «Rosemary Paige Donahue». Ojeo el informe y las preguntas formuladas: «¿Murió de forma natural? No. ¿Se le realizó RCP? Sí».

«Se la hizo uno de mis mejores amigos. Tuvimos que tirar de él para que parara», pienso.

El dibujo de un cuerpo por delante y por detrás ocupa la siguiente página. Supuse que tendría algún círculo en ciertas partes, pero está en blanco.

Alzo las cejas al leer los resultados del forense: «No presenta lesiones de tipo contusivo ni traumático».

No puede ser. ¿Y los arañazos que le vi en las manos? ¿Y los moratones que tenía en los brazos?

El hallazgo más relevante en la autopsia fue la presencia de metilendioximetanfetamina (MDMA) en el organismo de la paciente. Tras un minucioso estudio, parece que la concentración en sangre de dicha sustancia provocó una hipertermia a la paciente. El aumento de la temperatura corporal interna produjo el paro cardíaco que la llevó a la muerte. No hay sospecha de homicidio.

Entonces, ¿la suciedad que tenía incrustada bajo las uñas, como si hubiera intentado agarrarse a algo, era solo una casualidad? ¿La policía no ha considerado importante el hecho de que Rose no hubiera ni oído las drogas hasta ese día?

No tiene sentido. Hay cosas que no cuadran.

—Toma, listillo, léelo. A ver qué te parece. —Le lanzo el informe a Thatcher y lo observo mientras le echa un vistazo al documento con una mano en la barbilla.

—¿Que no presenta lesiones? ¿Ni moratones ni marcas en la piel? —dice en voz alta, y yo asiento en silencio.

—Todos vimos el cuerpo. No sé vosotros, pero yo no tengo ningún problema en la vista. Rose no estaba allí por voluntad propia. Ni siquiera se iba de fiesta con nosotros, hacía que Silas se quedara siempre en casa con ella. ¿Estará Ponderosa Springs intentando encubrir el asesinato de la hija del alcalde? —comenta Rook, dándole otra calada al tubito cancerígeno ese que yo también estoy empezando a necesitar.

Rose no era solo la novia de Silas, se había convertido en... una más. Se había ganado un hueco en el grupo y la considerábamos nuestra amiga. No lo admitiríamos en voz alta, pero cuidábamos de ella como si fuera nuestra hermana.

Su muerte nos reconcome a todos por dentro.

—Ha habido escándalos peores.

—Si un forense está dispuesto a ocultar heridas de defensa y un asesinato, ¿qué más estará encubriendo? O peor aún, ¿a quién? —pregunta Thatcher.

—Creo que deberíamos hacerle una visita a nuestro querido médico. —Les dedico una mirada a mis dos amigos.

Rook esboza una sonrisa mientras se pasa el Zippo entre los dedos y lo cierra de golpe.

—No me lo digas dos veces —murmura.

—Siempre y cuando yo pueda darle el primer tajo —responde Thatcher con una sonrisa burlona.

Hicimos un pacto.

Le prometimos a uno de nuestros mejores amigos que averiguaríamos quién había asesinado y abandonado a su chica entre la mugre. Todos renunciamos a nuestros planes de dejar atrás este ponzoñoso lugar durante un año entero solo para obtener la venganza que necesitaba.

Ni siquiera Dios podría salvar a quien estuviera involucrado.





2

A través de la niebla

Briar

«Todos somos ladrones, Briar. Yo solo he tenido la mala suerte de que me pillen».

Eso es lo que solía decirme mi padre cada vez que se lo llevaban en la parte de atrás de un coche de policía.

En cierto modo, tenía razón: todos somos ladrones.

Robamos el aire de la atmósfera para respirar. Robamos la felicidad. Robamos mecheros. Nadie te dice: «Eh, tío, ¿me dejas tu mechero?».

Si crees que van a devolvértelo, entonces eres un gilipollas con un mechero menos.

Pero la mayoría de nosotros, si no todos, robamos tiempo.

Aunque no se nos debe un número determinado de minutos en esta tierra, los aprovechamos igualmente. Cada día es un día más robado al reloj de arena.

Aprendí a robar carteras cuando tenía once años. En seis meses ya casi era una profesional, había dominado el arte de los siete cascabeles y pronto me convertiría en un prodigio del crimen.

Así que, mientras mi madre preparaba hamburguesas, mi padre armaba unos cuantos maniqués con trajes de hombre llenos de bolsillos en los que colocaba estratégicamente siete cascabeles.

Mi objetivo consistía en dejar pelado el maniquí sin que sonara ni un solo cascabel.

Era su miniyo, su ojito derecho, su pequeña delincuente.

Poseía destreza, rapidez y agilidad.

A los trece años ya destacaba en las aptitudes que toda ladrona que se precie debe poseer: robar carteras, forzar cerraduras y descifrar combinaciones.

Otras niñas iban a clase de *ballet*. Yo abría cajas fuertes sin sudar ni una gota. No se me resistía casi nada. Y aun así desde el principio supe que no debía hacerlo. Robar estaba mal, todo el mundo lo sabía.

Pero todas esas noches que pasamos juntos en vela perfeccionando mi técnica fueron las mejores de mi vida. Su profesión nos permitía tener luz en casa, comida en la mesa y una familia unida.

Tal vez otras familias estrecharan lazos con juegos de mesa; a la mía, en cambio, le bastaba con el hurto.

«Hay honor entre ladrones, Briar. Honor entre nosotros».

Me había acostumbrado a verlo entrar y salir de la cárcel, a que pasara unos cuantos meses aquí y allí, pero siempre volvíamos a vernos. Nos prometía que siempre volvería a casa.

Hasta que un día incumplió su promesa.

Mi brújula moral nunca ha tenido un norte claro. Quizá esa fuera la razón por la que me sentía atraída por todo lo que no debía. Era consciente de que los demás no verían ético mi comportamiento, pero nunca me arrepentí de nada de lo que hacía. Solo le estaba sacando partido al talento que me había sido otorgado, y lo hacía por mi madre.

Si la vida te da limones, robas un puto exprimidor.

—¿Emocionada por esta nueva etapa? Aunque te haya recomendado yo, es todo un logro que te hayan admitido. Solo suelen aceptar a los de aquí. —Son las primeras palabras que me dirige mi tío Thomas, el hermano de mi madre, desde que nos bajamos del avión.

Es así de tímido. Mi madre dice que nació raro y por eso es tan inteligente, a pesar de no tener habilidades sociales. A mí siempre me

ha caído bien porque me hacía unos regalos de Navidad increíbles. En lugar de hablar, prestaba atención a los pequeños detalles.

—Parece más una secta que una facultad, T.

Lo más seguro es que sea una secta. De hecho, estoy convencida de que es una puta secta. Es la única universidad en todo el país con los suficientes recursos y poder como para permitirse admitir solo a gente de los alrededores, antiguos alumnos o hijos de familias adineradas.

Todo aquel que no viviera en una cueva había oído hablar de Hollow Heights.

¿Cómo coño ha conseguido entrar una ladrona redomada con las puntas abiertas y solo dos monedas de diez centavos haciéndole compañía a las pelusas de su bolsillo? Buena pregunta.

No ha sido por mi media de sobresaliente, mi comportamiento excepcional ni mis aptitudes atléticas, más bien porque Thomas lleva tres años aquí dando clase de Biología.

Mi tío tiene treinta y tantos años y es el hermano pequeño de mi madre. Ambos habían sido pobres toda la vida, igual que yo. Sin embargo, cuando Thomas cumplió los dieciocho, huyó muy lejos de su familia, con el rabo entre las piernas. Volvió años después con un elegante título bajo el brazo y un Rolex.

No, no intenté robárselo.

—No son tan pretenciosos como te imaginas. Sorprendentemente, son bastante sensatos —dice sonriendo, y no puedo evitar burlarme de sus palabras.

—El folleto incluía un artículo entero dedicado a un príncipe, un príncipe escocés de verdad, que se graduó aquí. Es como si todas las universidades de la Ivy League se hubieran puesto de acuerdo para montarse una orgía. —Bostezo un poco—. No tendrás la cara de decirme que este sitio no está hasta los topes de niños ricos privilegiados con tarjetas de crédito sin límite, ¿no?

Me cruzo de brazos y lo miro con una ceja arqueada.

No es que no esté agradecida por la oportunidad. La educación que recibiré aquí me garantizará un trabajo cuando me gradúe. Es

solo que no me entusiasma ser la «becada». Es como ser la que se trae el almuerzo en una bolsa de papel marrón o la que se come los mocos.

No da buena impresión.

—No seas tan critica. Seguro que hay bastante gente aquí que no tiene tanto dinero. Van a ser los mejores cuatro años de tu vida, ya lo verás —dice mientras estira el brazo y me aprieta la mano para tranquilizarme.

No sabía la falta que me hacía ese gesto.

El camino de entrada se me está haciendo eterno y cuanto más nos acercamos con el coche a las imponentes puertas de color negro, más nerviosa me pongo. Aunque es un sueño ser admitida, este lugar se parece mucho a una pesadilla.

A través las gotitas de lluvia que se aferran al cristal de mi ventana, observo las infinitas hileras de pinos que amenazan con abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento.

El sol se oculta tras la densidad de las nubes, tiñendo el paisaje de gris. Todo parece carente de color. Falto de calidez.

Desde mi punto de vista, los niños estos pagan un pastizal por vivir en una novela de Stephen King.

Me aclaro la garganta y me enderezo en el asiento. A continuación, me ajusto bien la capucha y me pongo los auriculares para intentar calmarme el estómago. El silencio inquietante que reina a nuestro alrededor me recuerda a una casa encantada.

Incluso con la música puesta, oigo el crujido de la grava bajo los neumáticos al adentrarnos en el campus. Lo primero que veo de la universidad es un gran arco de ladrillo desgastado con una placa de metal ridícula atornillada para recibir a los nuevos estudiantes y a los que regresan. El óxido y la hiedra intentan inútilmente cubrir las palabras escritas en ella.

Universidad de Hollow Heights

Fundada en 1634

La puerta al éxito

Las letras están grabadas en negrita para mostrar con orgullo el nombre a todo aquel que entra. Donde los libros tapados en cuero susurran en lenguas muertas y los vacíos pasillos de mármol se alzan desafiantes.

Por fuera, parece que la tierra nunca ve la luz con ese manto de niebla perenne que se enreda entre los imponentes pinos.

La infame universidad para jóvenes adinerados. Una de las instituciones más aisladas y selectas de la historia. Se rumorea que ha albergado a algunas de las mentes más ricas del país. Hollow Heights asegura a los padres el triunfo de los hijos que estudien allí; tras graduarse, les prometen que volverán a sus casas con modales refinados y la preparación necesaria para abordar cualquier trabajo que se les ponga por delante.

El edificio se encuentra en la costa de Oregón y consta de trescientas hectáreas de arquitectura victoriana más vieja que la pólvora. Lo había cotilleado por Internet, pero la pantalla del ordenador no le hace justicia.

El pueblo en el que se ubica se llama Ponderosa Springs, conocido por los pinos que llevan el mismo nombre. No sé mucho de su historia, salvo que ahí viven las familias más acaudaladas, que hay que atravesarlo para poder llegar al campus y que es difícil ignorar la opulencia que lo impregna todo.

Ya fuera a propósito o por accidente, los arquitectos han marcado la distancia que separa la universidad de la civilización real. Parece que construyeron un mundo propio más allá de los árboles, sobre humedales sombríos. Tanto aislamiento me revuelve el estómago, como el *sushi* de gasolinera.

—Me pone los pelos de punta que la cosa esa no deje de mirarme con esos dos puntitos rojos y brillantes que tiene por ojos —dice Thomas mientras se detiene en la zona de entrada a la residencia.

Miro hacia abajo y veo al animalillo que tengo entre las manos, con su pelaje suave de un blanco inmaculado acariciándome los dedos y con la naricilla levantada inspeccionando el entorno.

—Se llama Ada y no es una cosa. Es una rata dumbbo albina. Te va a morder si la vuelves a llamar cosa —le advierto, aunque ambos sabemos que Ada no le haría daño ni a una mosca.

Mi padre me dejó escoger mascota cuando era pequeña y elegí una rata. No porque intentara ser diferente u original, sino porque las ratas me parecían alucinantes. Tuve tres y todas vivieron cerca de dos años, como se esperaba. Les guardé unos meses de luto, las lloré a todas y luego empecé a buscar una nueva compañera.

Ada y yo llevamos juntas un año ya.

—¿Necesitas ayuda para subir las cosas a tu habitación? ¿O te apañas? —me pregunta desde el asiento del conductor.

Dirijo la vista al distrito Irvine, el edificio donde se aloja todo el alumnado de cursos inferiores. En el centro, hay una fuente circular con un gran santo al que se le ha encomendado la tarea de escupir agua. Da la sensación de que el mármol agrietado va a desmoronarse en cualquier momento.

En el cielo, los cuervos graznan y mueven con avidez las alas negras a través de la neblina. Intento contar las gárgolas que montan guardia en lo alto de los pedestales y pilares.

Le quito importancia con un gesto.

—Puedo sola, pero gracias.

Meto a Ada en el bolsillo de la sudadera, donde pasa la mayor parte del tiempo cuando no está en su jaula, y salgo del coche. Me arrepiento de inmediato de no haberme puesto unos vaqueros en lugar de estos pantalones cortos de deporte. No estoy acostumbrada al frío. En Texas no hace este tiempo, ni hay tanta niebla.

Me dirijo al maletero, lo abro, me cuelgo la mochila en el hombro y saco la maleta.

Noto una ráfaga de viento frío en la espalda, como si alguien hubiera pasado por detrás de mí. Giro un poco la cabeza para revisar el edificio, esperando encontrarme con alguien ahí de pie, observándome, pero solo veo estudiantes caminando como almas en pena arrastrando las maletas hacia el interior.

Frunzo el ceño. Habría jurado que había alguien mirándome.

—¿Pasa algo? —me pregunta Thomas a mi espalda.

—No. —Niego con la cabeza, sonriendo—. No pasa nada.

—Tengo el presentimiento de que será una gran experiencia.

—Se frota las manos—. Toma, la llave de tu habitación y la tarjeta del comedor. Si necesitas algo, llámame. Vivo en el pueblo, pero no tardo nada en llegar con el coche, así que no dudes en pedirme lo que sea —continúa antes de darme el abrazo de lado más incómodo que se haya visto jamás.

—Gracias, tío T.

La verdad es que no soy mucho de muestras de afecto. No se puede ser pobre y, encima, blanda.

Debería tener los nervios a flor de piel por estar a punto de entrar en una universidad que hace que Harvard parezca un centro formativo de segunda.

Pero estoy tranquila.

No está en mi naturaleza ponerme nerviosa o asustarme. En una vida como la mía, en la que tienes que luchar por sobrevivir, para tener un plato de comida o un techo sobre la cabeza, no hay tiempo para el miedo.

Haces lo que sea necesario.